

Ⓜ LASSE HOLM Ⓜ

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO

LEYENDA




ESPASA

LASSE HOLM

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO.
LEYENDA

Traducción de Victoria Alonso y Rodrigo Crespo



Título original: *Lodbrog-Sønnernes: Død*

© Lasse Holm and JP/Politikens Hus A/S 2019

In agreement with Politiken Literary Agency

© por la traducción, Victoria Alonso y Rodrigo Crespo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-670-6023-2

Depósito legal: B. 11.853-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

La muerte me aguardaba en aquellas fangosas aguas poco profundas. Me abría camino entre los juncos tanteando el accidentado fondo del río con mis pies descalzos. Cuando el agua me llegó hasta los pantalones, que había doblado por encima de las rodillas, me incliné hacia delante con un cubo en cada mano. Presioné los cubos hasta hundirlos bajo la superficie y, mientras se llenaban, me erguí dirigiendo la vista por encima del bosque de verdes juncos que se reflejaban en el agua. Las primeras horas de la tarde eran calurosas y húmedas bajo el disco blanco del sol.

El monstruo fluvial atacó sin previo aviso. Si un momento antes el agua discurría perezosamente por mi lado, al instante se agitó convirtiéndose en espuma. La boca del monstruo, repleta de dientes desgastados, me arrancó con brutalidad el cubo de la mano. Su cuerpo oblongo rotaba con violencia sobre sí mismo, sus largas y fuertes mandíbulas trituraron el cubo hasta convertirlo en astillas. Mientras los restos sobrenadaban por mis pantorrillas desnudas, un par de ojillos de mirada fría y despiadada se clavaron en mí.

Giré sobre mis talones y eché a correr. Grandes chorros de agua saltaban a mi paso hasta que, medio empapado, alcancé la orilla. Cuando ya pensé que estaba en

un lugar seguro, me volví para ver qué era lo que había intentado matarme. Con gran asombro constaté cómo un cuerpo alargado de color verde grisáceo y movimientos ágiles me perseguía sorteando las hierbas que me llegaban hasta la rodilla. Reculé a trompicones mientras abría la boca para chillar.

Se oyó un grito a mis espaldas. Por mi lado cruzó una silueta. La punta de una lanza refulgió al sol y se hundió. Bajo la cota de malla reconocí las anchas espaldas de Ravn Hijo de Bue, que maldecía. De la hierba a sus pies emergió un sonoro bufido. Hundió la lanza todavía con más fuerza. Una vez que todo quedó en calma, se irguió jadeante para asegurarse de que yo estaba ileso.

—Hay que andarse con mucho cuidado por estas tierras —dijo sacudiendo la cabeza, de modo que los huecillos al final de las trenzas de la rubia barba se columpiaron.

Su lanza se hallaba profundamente incrustada en una cabeza alargada y plana. La bestia, cubierta de escamas desde el morro hasta la cola, tenía la longitud de tres hombres altos. De su mitad sobresalía un vientre abombado entre cuatro patas achaparradas. Era inverosímil que esos pequeños miembros pudieran aguantar un cuerpo tan pesado; sin embargo, el animal corría más deprisa que yo entre la hierba.

—*Ti práttete ámpho?!*

El grito procedía de la galera de tres palos que se alzaba como una casa en la orilla más apartada del islote. Junto a la borda se hallaba el enviado diplomático del emperador, que nos miraba de forma inquisitiva con una sonrisa expectante en su cara redonda. Se llamaba Chaldos.

—¿Qué dice ese hijo de puta? —murmuró airado Hijo de Bue.

—Pregunta qué estamos haciendo. —Traduje yo del griego, y le respondí gritando en latín—: *Dominus*, he sido atacado por un monstruo terrorífico, una bestia escamosa con morro largo y cientos de dientes salida de los abismos más oscuros del Infierno.

—Se llama cocodrilo, pedazo de bárbaro ignorante. Hay muchísimos aquí en el Nilo. Id con más cuidado.

Se lo traduje a Ravn Hijo de Bue.

—¿Quieres decir que el gordinflón nos envió a recoger agua sabiendo que nos aguardaba el monstruo?

—Debía de saber que cabía esa posibilidad. Un poco de emoción hace que el tiempo pase más rápido durante una larga travesía.

A menudo los hombres poderosos echan de menos algo de diversión. Chaldos no era una excepción.

—Yo le daré emociones —murmuró Ravn Hijo de Bue mientras con un movimiento iracundo tiraba de la lanza para sacarla de la cabeza del cocodrilo.

—Sería más sensato que sonrieras haciendo como si nada.

Chaldos era eparca de Constantinopla y el tercer hombre más poderoso del Imperio bizantino. Podía tratar a sus subordinados como quisiera, pues su poder se lo había otorgado el emperador, elegido ni más ni menos que por el Cristo Blanco. Cualquier disensión no sólo se consideraba alta traición, sino además un sacrilegio. Y a todo aquel que fuese culpable de sacrilegio se le sacaban los ojos y se le enviaba a un monasterio para que rezase de rodillas hasta el fin de sus días. Un orgulloso guerrero apenas podía imaginarse mayor infortunio.

—¿Por qué nos habrán elegido precisamente a nosotros para escoltar a ese meón de tumbas? —preguntó Ravn Hijo de Bue.

—De verdad que no lo sé.

Cruzamos la isla. Junto a la pasarela del barco rellené con agua fluvial el cubo que el cocodrilo había respetado. En el puente nos esperaba Chaldos, con las piernas separadas y los brazos cruzados. Era barrigón y de pelo rojo pálido. Alrededor del mentón su barba era rala. Sin ella, su rostro habría carecido de contornos, como la luna.

—Llevabais dos cubos cuando os fuisteis —observó.

—Excelentísimo señor, un cocodrilo devoró el otro antes de que mi amigo lo matase.

La cara redonda de Chaldos se iluminó con una sonrisa cuando tuvo una nueva ocurrencia:

—Los cubos cuestan dinero. Así que tú mismo lo restituirás, bárbaro.

Noté cómo detrás de mí Ravn Hijo de Bue se enderezaba para agarrar vigorosamente la empuñadura de la lanza. Aunque no comprendía las palabras, percibió el escarnio en la voz y el tono del eparca.

—Será un placer restituir lo que he echado a perder por mi negligencia, veneradísimo eparca —dije.

La sonrisa de Chaldos palideció, decepcionado por que yo no hubiese protestado. Sus estrechos ojos me escudriñaban con una mirada que me recordó la del cocodrilo. Después, con un gesto blandengue de la mano, indicó que nos fuésemos y prosiguió hacia la proa de la galera a través de la cubierta de paso, entre las dos largas fosas hundidas donde los esclavos se sentaban en filas a los remos.

—Tira esa agua salobre —me dijo sin girarse—. Tenemos agua más que suficiente a bordo.

En ese momento, salvé la vida del eparca. Sujetando con una mano el brazo de Ravn Hijo de Bue impedí que

él le clavase la lanza en la espalda, atravesando la saya entretejida con plata noble.

 Mi intervención no hizo sino retrasar lo inevitable.

 De todos modos, pocos días después, la muerte se llevó al eparca Chaldos.

2

Hacía un año y medio que los compañeros y yo habíamos entrado al servicio del emperador cristiano.

Nuestra grandiosa expedición vikinga al mar Mediterráneo acabó fracasando cuando nos atacó la flota mora en el estrecho entre Hispania y la Tierra Azul, a la que los cristianos denominan África. Si al comienzo contábamos con más de ochenta embarcaciones, tras la batalla naval sobrevivimos reunidos en una única nave larga, que se encontraba abarrotada. Surcamos el mar durante días, sin rumbo, sin saber dónde nos encontrábamos. Cuando al fin encallamos en Maiorica a causa de una tormenta, apenas pudimos pasar en la isla un par de días, puesto que el gobernador del lugar nos despachó embarcándonos rumbo a la capital del imperio. La travesía duró más de un mes, pero cuando por fin llegamos a nuestro destino, la visión de la mítica ciudad nos dejó sin habla.

La alta muralla de piedra que rodeaba la densamente poblada península de Constantinopla se reflejaba como una corona dorada en las ondas de la Propóntide. Tras los pretiles serpenteaba una muchedumbre de tejados en incontables matices de rojiza terracota. En el punto más extremo de la costa se extendía un vasto complejo palacial situado en un parque con estatuas y pequeños

pabellones; y bien alta, dominándolo todo, se erguía la poderosa silueta de una catedral coronada por una cruz recubierta de oro.

—Ahora comprendo por qué los dioses permitieron que los moros nos derrotasen —susurró Bjørn Costado de Hierro mientras todos nosotros nos quedábamos boquiabiertos junto a la borda del barco—. Preferían conducirnos hasta aquí, donde podremos saquear riquezas aún mayores.

No me molesté en atemperar las expectativas del gigante de barba gris, aunque en mi interior consideré si un emperador que poseyera tal grado de abundancia no custodiaría bien sus riquezas. Hecho que se demostraría cierto, para decepción general. El capitán del barco no atracó en alguno de los atareados puertos, sino que puso rumbo a un río que desembocaba en el mar al norte del anillo amurallado. Más tarde nos enteraríamos de que el río se llamaba Cuerno de Oro debido a las lujosas villas y palacetes que hombres adinerados y nobles habían construido a lo largo de la apacible corriente. En el extremo norte del Cuerno de Oro se erigía una enorme fortaleza con torres y aspilleras, como una gigantesca mancha gris sobre el paisaje de colinas.

Era Gálata, que sería nuestra residencia a partir de entonces.

Precisamente en ese momento nos dirigíamos a la fortaleza de Gálata, la tarde en la que se cumplía el cuarto día de travesía desde que salimos de Egipto para regresar a casa. Los millares de luces de Constantinopla nos hacían guiños en el crepúsculo. En la desembocadura del río, la esbelta galera de guerra con sus tres mástiles se desliza-

ba entre los barquitos, igual que un águila junto a unos pajarillos.

En el extremo de la muralla gris circular de Gálata pasamos por delante de una torre de piedra maciza. Mediante un cabrestante en su ancha base, los esclavos tensaron con un ruido metálico la cadena que defendía las dos dársenas de la ciudad contra ataques nocturnos por mar. Los eslabones de hierro forjado y de un brazo de largo, impregnados con mordiente negro, aparecieron en nuestra estela quebrando el pálido reflejo de la luna en la superficie.

La galera se deslizó entre los dos diques que protegían el puerto de la fortaleza como los brazos abiertos de una madre. Bajo el muro, un oficial esperaba en el muelle de piedra. Era corpulento, musculoso, su poblada barba negra cubría tanta extensión de sus mejillas y cuello que su nariz, a la luz de la antorcha, parecía una piedra asomando de un umbroso bosque. Tras él había seis hombres armados con lanzas, vestidos con uniformes de la guardia de la ciudad.

—¡Busco al eparca de Constantinopla! —nos gritó el oficial a Ravn Hijo de Bue y a mí mientras la tripulación echaba amarras y ponía la pasarela.

—Soy yo —dijo Chaldos acercándose hasta la borda—. ¿Quién eres tú?

—*Draconarius* Nikios. —*Draconarius* no era un nombre, sino un grado dentro de los oficiales—. Tengo orden de conducirte ante el emperador para que le informes acerca de tu misión.

El eparca rio al reconocer al oficial.

—Sí que has medrado desde que nos vimos por última vez, Nikios. ¿A qué fue debido tan extraordinario golpe de suerte? Pero ¿dónde está la lancha imperial?

—No hay lancha, eparca. —Ahora el oficial también sonreía de forma cómplice tras la barba—. El emperador desea encontrarse contigo de incógnito en casa de Eulogios. De ahí el disfraz.

Chaldos ronroneó como si la mención de dicha casa despertase en él recuerdos desagradables. Desembarcó por la pasarela y trepó a una silla de manos. Cuatro esclavos espaldudos asieron las barras para llevárselo de allí. El oficial y los seis soldados se colocaron en fila. La pequeña comitiva desapareció a través de un portón.

Más tarde me pesaría no haber prestado más atención a aquel breve intercambio de palabras, pero me tenía intrigado la delgada silueta de negro cabello rizado que se mantenía apartada en el muelle.

—Bienvenidos a casa —dijo Khalid.

Se trataba de un chico moro procedente del sur de Hispania que conocí en Qurtuba, la capital del emir de al-Ándalus. En aquel tiempo no era sino un niño grande. Ahora estaba ante un joven con bozo oscuro sobre el labio superior.

—¿Has venido a recibirnos? —preguntó Ravn Hijo de Bue—. ¿O algo va mal?

—Las dos cosas —respondió Khalid, y comenzó a explicarse.

Cuando terminó, envié a Ravn Hijo de Bue al cuartel donde residíamos tras los muros de la fortaleza mientras Khalid y yo nos apresurábamos a recorrer el muelle de piedra, cruzábamos una puertecita que conducía a la ribera del río y continuábamos hasta un muelle de madera donde esperaban en fila las pequeñas embarcaciones de los barqueros.

Teníamos que cruzar sin dilación a la ciudad del emperador en la orilla sur del río.